

conquistador⁷. Pero la significación de su obra «... va mucho más allá de estas modestas intenciones nacidas del amor filial. No las elevemos, pues, a fórmula simplista». Este bifronte canto filial está lleno de amargura también. «Quiere el Inca glorificar a sus dos estirpes, pero la gloria que les dé se hallará empapada en amargura»⁸. Desde esta perspectiva trágica y doblemente paradójica debe explicarse su *escepticismo* y resentimiento que opta por una escritura que tiende a aferrarse en el *pasado* (un tiempo *sido*). Pero frente a esta añoranza está otra perspectiva: la del *mañana*, de lo que *adviene* o está por venir. Este *éxtasis* de la *temporalidad*— para decirlo con palabras del filósofo Heidegger—, aparece difusamente previsto en su visión; es que el tiempo *presente* (lo que está siendo, lo que está sucediendo) es caótico y sombrío. Pero lo que «adviene» presupone necesariamente el «sido» y lo que «está siendo», porque el presente está envuelto, para la visión de Garcilaso, dentro de la tensión «estática» de futuro y pasado. Ahora bien: el «mañana», lo que está por venir todavía no existe como ámbito histórico; Garcilaso lo presiente, lo intuye⁹. Un poco como que el «mañana» está brotando de su tragedia personal. Garcilaso *es* el «mañana»; después de él, todos nosotros constituiríamos (constituimos) el rostro antropológico del Perú mestizo. Somos el futuro de Garcilaso. Desde esta realidad debe explicarse su fatalismo, sus esperanzas y sus expectativas.

Puede decirse que Garcilaso descubre su *patria* desde su soledad en la lejana España (país al que llega en 1561, es decir, a la edad de 22 años); tal vez el exilio y marginación acentuaron su vocación de escritor, dándole el horizonte necesario para contornear recuerdos y organizar asedios vertiginosos. Habla del Perú movido, como él mismo lo dice, por el «amor natural de la Patria». Sin embargo, sus comentarios no caen ni en el jingoísmo ni en la xenofobia.

Su sentimiento indiano se patentiza en la primera parte de *Los comentarios reales*; siendo la segunda parte, expresión de su sentimiento español, presentándose como *defensor de la fe* y exaltador de la conquista y los beneficios de la colonización y cristianización de América. Pero su visión mestiza le hace declarar que escribe para *deleite* de indios y españoles *porque de ambas naciones tengo prendas*. Inútil resulta pues seguir explotando a Garcilaso como símbolo de un hispanismo o indigenismo arbitrarios y antagónicos. Su presencia y su mensaje trascienden estos exclusivismos. Garcilaso ha perdido su patria como perdió su hogar. Es un hombre desamparado. «Será indio — escribe José Durand— para lo indio, español para lo español. También podrá ser español para lo indio o indio para lo hispánico. No es ni lo uno ni lo otro, ni es tampoco que su manifiesta complejidad espiritual sea una especie de doble personalidad enfermiza. Garcilaso podrá serlo todo, indio, español o lo que sea, porque es el hombre

⁷ Comentarios reales, parte II, libro VIII, cap. XXI. Librería e Imprenta Gil, S. A., Lima, Perú 1945.

⁸ Durand, José: ob. cit., pp. 23-24.

⁹ También Jorge Basadre dice: «Cara al pasado de su pueblo y al pasado de su propia vida, el Inca, ciertamente no profetiza el porvenir de la patria ni la promesa de una vida mejor para todos los peruanos. Mas este dualismo es propio de la hora auroral a la que él pertenece. Y hay en él un misterio. El Perú como continuidad en el tiempo al enlazar los nombres de Manco y Pizarro.» Meditaciones sobre el destino histórico del Perú. Ediciones Huascarán, Lima, Perú 1947; p. 107.

que ha perdido su patria¹⁰. Él representa el nacimiento trágico de un nuevo espíritu, el espíritu americano, mestizo en su sentir y latir. Y es así cómo desde entonces aparece con fuerza la idea de pensar al Perú en término de dos repúblicas antagónicas. El eminente historiador Pablo Macera, partiendo del concepto de *Cuerpo de Nación* que propone Miguel Maticorena (también historiador peruano) dice: «Desde el siglo XVI y en todo el curso del siglo XVIII los españoles pensaron al Perú en término de dos repúblicas: la de los indios y la de los españoles. Repúblicas que, en cierta medida, se correspondían a otras tantas naciones: la nación india y la nación española. Esta actitud implicaba no aceptar ciertas *realidades*: se dejaba fuera a los diferentes «mestizajes» y a la enorme realidad que constituían los esclavos africanos que, en Lima, llegaron a constituir casi las dos terceras partes de la población. Sin embargo, en el siglo XVIII, los españoles advierten las dificultades que tenía manejar así el país y deciden introducir el concepto de *Cuerpo de Nación*. Y si bien admiten una pluralidad de naciones crean una suerte de concertación entre ellas para impedir que el sistema colapse... ¿Existe una nación peruana! Esta afirmación, como puede fácilmente entenderse, tenía un carácter futurista. No se afirmaba la existencia de una cierta unidad nacional sino, por el contrario, la necesidad de crearla. Y entre los pocos historiadores que entienden este matiz se encuentra Jorge Basadre cuando piensa al Perú como un problema y al mismo tiempo como una posibilidad; cuando lo piensa en términos de futuro»¹¹.

Casi siempre Garcilaso se llama a sí mismo indio o Inca. Más exactamente es un *mestizo*. Como dice muy certeramente Luis Alberto Sánchez, «en Garcilaso se gritan la soberbia de ser hijo de una «coya» y la de provenir del ilustre linaje de Garcí Pérez de Vargas. Dos aristocracias, la de cobre y la de alabastro (aunque éste un poco atezado) se juntan en aquel «cholo» insigne, filo de dos razas señoriales, finura asiática envuelta en piel de oliva, símbolo del Perú mayoritario, casi diríamos del Perú entero¹². Quienes ven en él un símbolo racial de conciliación, tan cerca de los españoles como de los incas, aseguran, con la visión idílica de lo colonial, que estaba orgulloso de ser *mestizo*, que se llamaba este nombre a boca llena y se honraba con él. Pero esto no es tan claro como parece. Cuando Garcilaso se refiere a sí mismo como mestizo, dice algo más: «A los hijos de español y de india o de indio y de española, nos llamaban mestizos por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos de indias; y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena, y me honro con él. Aunque en Indias si a uno de ellos le dicen «sois mestizo» o «es un mestizo», lo toman por menosprecio»¹³. Como vemos, Garcilaso, declara honrarse con el nombre de mestizo, pero añade que éste ha sido impuesto por los españoles, que él lo acepta por respeto filial aunque también por su significación y que en las Indias puede ser insultante. De esta declaración podemos colegir que Garcilaso prefería ser llamado indio antes

¹⁰ Durand, José: ob. cit., p. 29.

¹¹ Véase conversaciones de Washington Delgado y Pablo Macera, sobre: «¿De qué cultura nacional hablamos?» Publicadas en el Caballo Rojo. Suplemento dominical de El Diario de Marka; n.º. 85, del 27 de diciembre de 1981, Lima, Perú; pp. 16-17. En Las furias y las penas, pp. 211-212.

¹² Véase: El Perú: retrato de un país adolescente. Biblioteca Peruana; ediciones Peisa, 1973, p. 20, Lima, Perú.

¹³ Comentarios reales, IX, 31. T. III; p. 202.

que mestizo. A propósito de la significación de mestizo, dentro del contexto de Garcilaso, Pablo Macera arguye: «Existe algo que no es lo hispánico y que tampoco es lo autóctono». Algo difícil de precisar y que llamamos mestizo. Término muchas veces mal empleado, concepto muchas veces mal planteado y criticado pero que es importante mantener y revisar.

En el siglo XVII un indio era un tributario, el miembro de una comunidad que pagaba su contribución al Estado. Un español era alguien que, por el contrario, se encontraba libre de esta carga.

Un *mestizo* (subrayado por L. A.), por su parte, era un hombre, hijo, generalmente, de padre español y de madre india en una relación ilegítima, que deseaba ser español no sólo por la mayor estimación social que tenía el padre sino porque además era una forma de no pagar tributos. En otras palabras, negar a la madre era, en el siglo XVII, una forma de no pagar tributos y de no ser indio... un indígena tenía tierras y podía pagar los tributos mientras que los mestizos no tenían nada, salvo su resentimiento y su aspiración a no ser¹⁴. No olvidemos también que Garcilaso de niño y joven firmaba como Gómez Suárez de Figueroa, nombre que se vio obligado a cambiar luego en España (en 1586) por el de Garcilaso Inca (o Inga) de la Vega, como aparece en las dedicatorias de su traducción de los *Diálogos del amor*, *La Florida* y *Los Comentarios reales*. Pablo Macera plantea que el nombre de bautizo que recibe Garcilaso por parte de su padre, viene a tornarse en una gran humillación que sufre el Inca: «Por esta razón —dice Macera—, al momento del bautizo el padre de Garcilaso no le pone su nombre aunque sí uno de los de su familia: Gómez Suárez de Figueroa. Este hecho implica que el padre se siente contagiado del destino que le está adjudicando a su hijo porque si bien le da un nombre secundario dentro de su destino biográfico, le da uno de los mejores de su familia. Y al ponérselo lo está condenando, sin querer, a una de las más grandes humillaciones que sufre el Inca»¹⁵. Pero también con el mismo interés que prefiere llamarse Inca, Garcilaso pudo también recordar la otra mitad de su linaje y llamarse *español*. No lo hizo ni una sola vez, pese a que en 1596 redacta la descendencia o genealogía del famoso Garcí-Pérez de Vargas a la cual pertenecía su padre el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega. A propósito de ello Raúl Porras Barrenechea dice que el título exacto de este manuscrito de veintiocho páginas que deja Garcilaso, es *Relación de la descendencia de Garcí-Pérez de Vargas*¹⁶. Garcilaso quiere ser español, y quiere que se le trate como tal. «Garcilaso acepta —escribe Macera— el destino señalado por su padre y dice: «Soy un caballero español con limitaciones porque debo admitir mi condición de mestizo y de bastardo pero... (y se problematiza) existen otros en Europa que también son bastardos, como don Juan de Austria, hermano del Rey de España... ¿Por qué voy a continuar marginado? ¡Voy a jugar esa carta!». Y Garcilaso se la juega hasta el final. Hasta la mitad de su vida quiere ser español...¿y qué hace para ser español? Las más grandes porquerías que puede hacer un arribista, un *metèque*, y la peor...

¹⁴ Véase: Vida, pasión y muerte del mestizo Garcilaso, p. 8. Véase Las furias y las penas, p. 369.

¹⁵ *Ibidem*, p. 9.

¹⁶ Véase la reproducción facsimilar del manuscrito original, con un prólogo por Raúl Porras Barrenechea. Ediciones del Instituto de Historia, Lima, Perú 1951.